

La cultura pop japonesa y las estadísticas de la delincuencia son a menudo citadas para defender como una cultura que disfruta de tantos entretenimientos violentos puede tener un índice de criminalidad tan bajo. Pero para cualquiera que preste atención verá como los crímenes han aumentado de una manera sorprendente en Japón y con expresiones formales inesperadas.

Allí están los *asesinatos Otaku* de 1988 y 1989, donde Tsutomu Miyazaki secuestró y mató a cuatro niñas de alrededor de cinco años de edad, recreando escenas terribles de su colección de Hentai. El ataque con gas Serin en 1995 es otro incidente notable en los análogos de la historia de la delincuencia en Japón. Perpetrados por la secta Aum Shinrikyo, con casi una docena de personas murieron durante el ataque terrorista.

Esta *ola* de delincuencia ha sacado a la luz un tipo de problema psicológico que afecta a los adolescentes antisociales. En una sociedad con los niveles de criminalidad y actos delictivos más bajos del mundo, estas conductas antisociales alarman a la opinión pública y a los ciudadanos que se sentían a salvo de comportamientos más comunes en otros países.

La semana pasada un joven de quince años de edad en el sur de Kyushu se suicidó. La noche anterior había atacado a los seis miembros de su familia con un cuchillo, matando a tres de ellos. Tras dormir abrazado al arma homicida chillo, por la mañana se arrojó por la ventana de un vecino.

Mientras que por ejemplo los índices de delincuencia de los Estados Unidos han disminuido significativamente en los últimos diez años, en Japón ha sido al revés. Aunque todavía la incidencia es muy inferior a los EEUU, las tasas de criminalidad de Japón son las más altas de los últimos treinta y dos años y los delitos violentos entre los jóvenes representan más de la mitad de todos los delitos.

En los seis primeros meses de 2000, los delitos violentos entre los jóvenes aumentaron un 15% respecto a 1999. Un joven atleta de diecisiete años de edad atacó a sus compañeros de equipo de la escuela secundaria con un bate de béisbol, luego fue en bici hasta su casa y golpeo mortalmente a su madre. Un mes antes, un adolescente irrumpió en una casa y acuchilló a una mujer hasta la muerte porque, según dijo a la policía: *quería conocer que se siente*. El mismo mes, un joven de diecisiete años de edad asaltó un microbús, obligando al conductor a conducir hasta la autopista. En la odisea mató a un pasajero. Por las mismas fechas otro adolescente fue acusado de golpear gravemente con un martillo a los pasajeros de un tren de cercanías.

Estos no son crímenes de pasionales, por dinero o mafiosos. Son los crímenes de la desesperación, y han provocado un pánico social entre los adolescentes japoneses similar a los que sufren los jóvenes Norteamericanos después de los tiroteos en las escuelas de los últimos años. Pero así como en los Estados Unidos señaló como culpable a un perfil de joven con problemas sociopatas, con armas de fuego, la reacción en Japón ha sido la de culpar a un

subconjunto de inadaptados sociales: los Hikikomori. Estos jóvenes se encierran en sus habitaciones, cortar el contacto con el mundo exterior, a menudo durante años, en la edad adulta. *Yo no quiero que nadie me vea, y yo no quiero ver a nadie*. Algunos de los acusados en la cadena de crímenes (incluyendo el secuestrador de autobús y un hombre que secuestró a una niña y la mantuvo en cautiverio durante 10 años) han sido identificados como Hikikomori.

Las opiniones del periodista Yuji Oniki, experto en manga y cultura popular japonesa difieren en algunas de las mismas razones de los homicidios. Para él, la *reciente ola* de la delincuencia adolescente no es tan inusual, y niega las afirmaciones de que la delincuencia juvenil en Japón está aumentando. Admite, no obstante, que estos crímenes son particularmente inquietantes, y que han captado la atención de los Medios de Comunicación y el público. Oniki considera que estos crímenes, y el creciente número de Hikikomori, son la prueba de las graves deficiencias en el sistema educativo japonés.

Hay una metáfora para definir los exámenes de cambio de ciclo, los exámenes infernales. De la nota dependerá en buena parte el futuro de adolescente, los padres lo saben, ellos también lo sufrieron. Sin embargo son los padres lo que más presionan a sus hijos, son conscientes de que están en un periodo recesivo y que encontrar un buen trabajo es muy complicado, por lo que muchas veces de manera consciente o inconsciente añaden tensión e importancia a los exámenes de ingreso. A menudo, el excesivo nivel de estrés hace que los adolescentes sean incapaces de funcionar, de tratar con el mundo exterior, se recluyan en su casa y comiencen a convertirse en Hikikomori.

Oniki aboga por un cambio en el sistema escolar japonés, más flexible. Y no como ahora, que los padres y profesores están tratando de adoptar medidas más restrictivas sobre el tema Hikikomori. Una familia se enfrenta a varios cargos por matar a su hijo adolescente porque creían que estaba planeando un delito similar a los descritos anteriormente.

De igual manera se ha reprimido a los estudiantes en las escuelas. Los estudiantes parecen estar al margen del grupo, o que usan ciertos estilos de ropa están marcados como posibles *malas hierbas*. Estas acciones no resolverán el problema, y realmente se desea poner fin a la escandalosa oleada crímenes en Japón se debe repensar el sistema educativo.

Otro de los errores es equiparar el fenómeno Hikikomori con cualquier delito o trastorno mental. Por definición, no tienen los medios necesarios para aventurarse en el mundo para cometer un delito. *Ellos no son enfermos mentales*, insiste Kudo. *Son seres humanos son normales. Sólo necesitan tener experiencias humanas normales, rehabilitarse*.

Los expertos estiman que entre 50.000 a 1 millón de Hikikomori. Una cantidad indeterminada ya que son las propias familias de las personas Hikikomori las que evitan que nadie sepa lo que está pasando en su casa, como en otros lugares, añade Saito, las comunidades japonesas están plagadas de chismes y el juicio. Kudo ha encontrado que "los ojos de los vecinos" son otra fuerza que puede mantener a la gente adentro. La presión social también reduce la

intervención de los padres, ya que permite a un niño a permanecer en la clandestinidad, se deriven menos atención que hacer algo al respecto.

El temor a ellos se ha impregnado en los titulares de prensa, hasta el punto de que muchos de ellos encabaron la portada de sus publicaciones con la noticia de que el padre y la madre de un joven Hikikomori confiesan haber estrangulado a su hijo. Los padres dijeron a la policía, que el adolescente había aterrorizado a la familia durante el último año. *Los padres tienen miedo de sus hijos*, dice el psiquiatra Takeshi Tamura. Los expertos se apresuran a señalar que la mayoría de los Hikikomori son simplemente antisociales, pero no violentos. *Ellos solamente quieren estar en su habitación*, dice Hidehiko Kuramoto psiquiatra, "¿cómo es posible que alguna vez tengan la energía suficiente para hacer cosas así?"

*No se puede precisar la razón, pero hay que tener en cuenta el contexto: estamos en Japón*, dice Sadatsugu Kudo, director de un centro de recuperación para el Hikikomori en Fussa (Tokio). *En Japón hay que ser como los demás, y si no lo eres, te sientes desolado y avergonzado. Así que lo mejor es desaparecer.*

Desafortunadamente, hoy en día tienen que soportar una carga más: un mundo exterior que cree que son *criminales en potencia*.

- Larimer, Tim. *Natural Born Killers?*. Time 28 Aug. 2000; 37.
- Oniki, Yuji. *Nocturnal Transmissions: Strange Crimes of Japan*. Pulp Sept. 2000; 35-7.